

COLOMBIA: DE LA CRISIS DE LA IMAGEN URBANA A LA IMAGINACION CRÍTICA DE LA CIUDAD.

Por: Fernando Viviescas M.*

Introducción.

El predominio del tradicional simplismo colombiano nos impide percibir la complejidad de los problemas sociales. Por ello no sólo los desperdiciamos como retos para la creatividad y el disfrute de la imaginación sino que nos alejamos de la posibilidad de su comprensión, de su tratamiento real y eventual solución, con lo cual nos hundimos en el sufrimiento irracional de sus efectos negativos y -lo que es peor : casi sin darnos cuenta- validamos y profundizamos una infracultura de la resignación y del acomodamiento a unas pésimas condiciones de existencia o -llevados por el desespero- nos encerramos en la apuesta individualista para “solucionarlas” con base en nuestra capacidad de sobreponernos a como dé lugar a un entorno -por lo mismo, necesariamente- hostil y por este camino nos precipitamos al mundo de la viveza y, por ende, de la violentización del conjunto de la existencia.

Nuestras ciudades contemporáneas constituyen la más grande obra que en términos materiales y culturales, es decir, complejos, hayamos construido en este país, pero la hemos hecho sin consciencia y sin propósito. Así, les hemos edificado un espacio que desnuda nuestras insensibilidad e incapacidad de grandeza. No asumimos su sentido comunicativo, somos sordos a sus llamados a la interlocución, no escuchamos los mensajes con los cuales, desde la potenciación de la diferencia que ellas encarnan, nos convocan a la conversación, al intercambio, a la reflexión colectiva, al pensamiento. También de manera inconsciente, aparte de aceptar el atentado cotidiano contra el arte y de ignorar diariamente el juego de sus símbolos, tendemos a naturalizar la interrupción que en ellas se hace de la fiesta que es la vida.

En efecto, especialmente en los ámbitos profesionales, sin casi haberse ocupado de pensar esa inmensa construcción, soslayando el examen y la reflexión crítica sobre su complejidad cultural, política, social e histórica -que ya empieza a ser inocultable- muy rápidamente se va llegando a la “conclusión” de que sus problemas, y también sus interrogantes, hacen parte de “la crisis general en la cual se encuentran las grandes urbes del mundo”, con lo cual se apresura el paso de regreso al tranquilo, abstracto, seguro y repetitivo mundo de la especialización, la asesoría y la consultoría. Incluso en círculos intelectuales ha empezado a ser oída la peregrina idea de que la misma palabra : ciudad, es un término “pegajoso”, “gaseoso” y, en todo caso, “agotado” para designar lo que tenemos al frente como albergue y condición determinante de existencia de millones y millones de seres humanos.

* . Arquitecto Urbanista ; Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá y Docente de la Maestría en Urbanismo de la Facultad de Artes.

Entre tanto, la vida en nuestras urbes transcurre por un camino dramático por lo ignorado que -en contravía de tendencias en conformación a nivel mundial, materializándose en las propuestas de lo entes supranacionales y de la mayoría de las urbes de todos los continentes, las cuales buscan rescatar la pregunta por la ciudad y la calidad de vida que puede y debe brindar a la humanidad- conduce a la disolución social y a instaurar en el individuo la desesperanza cotidiana como parte “natural” de su ser contemporáneo.

Este artículo pretende establecer un escenario de discusión de esa imagen simplista mostrando cómo la ciudad -a pesar de la crisis inmensa en que se encuentra el modelo moderno-occidental de la misma, esto es, la urbe capitalista contemporánea- es no sólo un imaginario socio-espacial válido para albergar el hecho de la urbanización mayoritaria del mundo sino que, en tanto configuración histórica inevitable, representa el reto fundamental para la creatividad individual y colectiva (la imaginación radical de que habla Castoriadis) y, en términos de su calidad espacial, para el despliegue de las disciplinas arquitectónica y urbanística hacia el próximo siglo.

De hecho, desde un punto de vista histórico-demográfico, apenas estaría empezando a consolidarse en toda su pertinencia como forma de albergue para la gran mayoría de hombres y mujeres que viven por fuera de los países capitalistas desarrollados y, por esa vía, permitiéndole a la humanidad que alcance uno de sus destinos esenciales, convirtiéndose, de esta manera, en el principal elemento físico y cultural para una redefinición del ámbito espacial, político y social de las sociedades en el siglo que está por venir.

En ese marco, para Colombia, en el contexto de los avances constitucionales y de cultura política de la población en la última década, se presenta una descripción de dos procesos desarrollados en Bogotá y en Medellín que desde perspectivas distintas, pero complementarias, pretenden convocar al conjunto de la ciudadanía para la reconstitución de los imaginarios formales y los horizontes culturales y políticos de lo que sería la apuesta por una ciudad superior hacia el siglo XXI.

1. El mundo en urbanización : la Humanidad preguntando en multitud.

La instantaneidad del mundo, que se alcanza por el cubrimiento global que logra la telecomunicación vigente en este fin de milenio, tiende a borrar cualquier sentido de la territorialidad en sus acepciones tradicionales; el aquí y el allá parecen perder su significado porque están (es posible ubicarlos) en cualquier sitio, pueden incluso intercambiarse, es decir, se diluyen como referentes : “...aquí ya no es más : todo es ahora... El hipercentro del tiempo intensivo de la transmisión mediante ondas de lo real prevalece de una vez por todas sobre la antigua centralidad del espacio extensivo de los territorios.”¹

Pero, para evitar la prevalencia de la mirada inmediateista sobre este hecho trascendental, es preciso poner de presente desde el principio que ese “desaparecimiento” de lo territorial

¹ . Cfr. : Cfr. : Virilio, Paul (1997) **La velocidad de liberación**, Ediciones Manantial, Buenos Aires, Argentina. Pp.188.

puede ocurrir porque, al mismo tiempo que la potenciación del esparcimiento inmediato de la información y de la imagen sobre el globo, se presenta un hecho demográfico y social inédito hasta ahora en la historia de la especie humana -en esencia, paradójicamente, espacial: la dinamización definitiva de la tendencia de la población mundial a su concentración en puntos específicos de la tierra², esto es, la presencia ya definitiva del “mundo en urbanización”.

A menos que ocurra una hecatombe planetaria o la estupidez de algunos hombres y mujeres nos lleve a la consumación de un suicidio colectivo (probabilidades ambas, como sabemos particular y dolorosamente en Colombia, posibles en cualquier momento³) la Humanidad se encuentra a las puertas de una transformación trascendental: “A nivel mundial, poco después del año 2000 habrá más habitantes urbanos que rurales”⁴ y los desarrollos económicos y demográficos tienden a consolidarse y combinarse de tal forma que muestran esta tendencia poblacional como un sino irreversible del siglo XXI, produciéndose de esta manera una distribución de los hombres y mujeres sobre la Tierra que no tiene antecedentes en la Historia: la mayoría de ellos aglomerados en centros urbanizados.

Más allá de la novedad de la extensión a todos los continentes de esta forma de asentamiento humano -que, por lo demás, se ha venido consolidando de manera diferenciada pero persistente durante el presente siglo en Europa y América- y de la escala que va alcanzando esa concentración de personas, procesos y cosas (estamos hablando de alrededor de 3000 millones de seres humanos al inicio del tercer milenio como base para la evolución urbanizadora posterior) lo significativo de esta revolución, lo que permite calificarla de trascendente, estriba en la dimensión ontológica que va alcanzando la

² . Aunque, como veremos más adelante, ese agrupamiento no se da exclusivamente por la extensión de las telecomunicaciones, la dinámica de consumo que se desata en la aglomeración humana -que contiene a la mayor parte de sus productores y receptores, sus, ipso facto, generadores, usuarios y víctimas- cumple un papel trascendental para el desarrollo y potenciación de la información. La eficacia de esta última se da por la existencia de aquel. Por ello requiere de la ciudad que es la forma más acabada de la concentración humana.

³ . “Los autores de la masacre en la escuela Columbine de Littleton, Colorado (Estados Unidos), planeaban matar a más de 500 estudiantes, volar el edificio y, si salían vivos, secuestrar un avión y estrellarlo contra Nueva York, afirmaron fuentes policiales citadas ayer por The Denver Post... Eric Harris, de 18 años, y Dylan Klebold, de 17, sembraron el pánico en la escuela el pasado martes (20 de Abril de 1999), asesinando a 12 de sus compañeros y un profesor antes de suicidarse... Harris y Klebold sembraron la escuela con más de 30 bombas y trataron de hacer explotar, sin conseguirlo, una de ellas, la más peligrosa, que había sido fabricada con una botella de propano y un tanque de gasolina, ambos unidos por cables... aunque dispararon contra ella para hacerla estallar, no explotó, pero, de haberlo hecho, hubiera destruido completamente una escuela con 1800 alumnos...” Cfr. : “Asesinos de Littleton querían matar a más de 500 alumnos”. En Periódico **El Tiempo**, Abril 27 de 1999, Pag. 10A, Bogotá, Colombia. En otro episodio “...el aspecto distintivo de semejante atentado es que estaba clara y definitivamente destinado a derrumbar el edificio del World Trade Center; dicho de otra manera, a provocar la muerte de decenas de miles de personas inocentes...” Cfr. : Virilio, Paul (1997) **Un paisaje de acontecimientos** (Nueva York delira), Paidós, Buenos Aires, Argentina. Pp.53.

⁴ . Cfr. : Centro de las Naciones Unidas para los asentamientos humanos (Hábitat) (1996) **Un mundo en Proceso de Urbanización**. Informe mundial sobre los asentamientos humanos 1996, TM Editores, INURBE, Fondo Nacional de Ahorro, Bogotá, Colombia. pp.24.

pregunta por el sentido que tiene y por las consecuencias que genera tal aglomeración a medida que crece la conciencia sobre su ocurrencia.

Aún desde el ángulo restringido de la reflexión en los campos de conocimiento de las disciplinas -como del más complejo y amplio de la cultura- del espacio, es cada vez más evidente que se trata de la consolidación de la preeminencia creciente y al parecer irreversible de un determinado ámbito espacial -por tanto, histórico y social- para albergar la existencia humana en el próximo siglo y, por supuesto, de las determinaciones que tal consolidación tiene sobre la posibilidad del ser en el futuro.

Se está hablando de la Ciudad, y de la compleja eventualidad del ser de la Humanidad (se entiende: en sus dimensiones individual y colectiva) producida así misma en la configuración (las innumerables construcciones) de esa socioespacialidad. La Ciudad como forma de existencia ya ineludible, como determinante de la vida y de sus calidades en las décadas venideras, como condicionante de la posibilidad del crear, del imaginar, del pensar, del actuar, y como albergue definitorio de la dignidad (o de su negación) de la historia y del proceder de los hombres y mujeres, actuales y futuros.

Pero no se trata únicamente de la constatación de la proliferación sobre el globo terráqueo de estas edificaciones tangibles como continentes del aglutinamiento de seres humanos. Mirado únicamente -esto es, parcialmente y como simple facilitador de una hipótesis fantástica- desde el punto de vista de número, la Humanidad alcanzaría una (y específica) de las muchas formas de expresar su esencialidad -en este caso la de la corporeidad de su totalidad- en aquel momento en el cual todos los hombres y mujeres estuviesen juntos en un punto-territorio dado del globo terráqueo.

Más acá de lo terrible que esta hipotética -apenas imaginable- aglomeración pueda resultar⁵, habría de tenerse en cuenta que el hito poblacional concentrador que estamos presenciando en este cambio de milenio podría ser sólo un momento en una tendencia a agregarse que la especie humana desde siempre en su evolución, de manera inconsciente pero incontenible, persistente y eficaz (¿como parte de su entidad biológica?), habría venido consolidando -paralela a la otra de su crecimiento continuo, el cual, como se sabe, apenas se ha visto interrumpido por catástrofes planetarias, por pestes o por guerras- y que, simplificada, podríamos expresar como el camino que el Hombre en tanto ser vivo, en busca de la conglomeración de su humanidad-masa, habría venido recorriendo desde las primeras, incipientes e intermitentes, formas de agrupación de las tribus nómadas hasta llegar a encontrar los “centros urbanos” -y más genuinamente las metrópolis-contemporáneos.

En esa perspectiva, si el crecimiento demográfico (hasta ahora imparable por vía natural) de los seres humanos y la concentración poblacional no son otra cosa que aspectos distintos pero complementarios de una tendencia del género humano a construir una dimensión

⁵. Dada, sobre todo, la inmensa capacidad de autodestrucción y de arrasamiento que se concentraría, aunque habría que considerar, por otro lado, el potencial de imaginación y de creatividad, así como de “energía humana” concentrada, que eventualmente también estarían en posibilidades de ser dinamizados.

esencial de su ser, en el tiempo y en el espacio : la materialización de su totalidad numérica o, dicho de otra manera, la corporeidad física de su masa (la potenciación del gentío), entonces la Ciudad -no sólo las urbes actuales- como forma de aglomeración humana habría estado desde siempre en el destino de la humanidad. Extendiendo lo planteado por Giuseppe Zarone desde el contexto de la filosofía : también en el campo de la evolución material del genero humano la Ciudad habría concernido “siempre directamente al ser del hombre.”⁶

En efecto, ante la imposibilidad real de alcanzar la total aglutinación del género humano, la urbe contemporánea y, especialmente, la que habrá de construir hacia el futuro serían las máximas expresiones posibles -pero, al mismo tiempo, ineludibles- de la masa humana : la condensación máxima del gentío.

En ese sentido, los centros urbanos de este cambio de milenio, desde los grandes poblados hasta las metrópolis y, más exactamente, el hecho de que las inmensas aglomeraciones ahora y hacia las próximas décadas se conviertan en el hábitat insoslayable de la mayoría de las distintas poblaciones del mundo, independientemente de sus historias culturales, además de ser los resultados más genuinos de los procesos demográficos enunciados estarían configurando, por otro lado y de manera verdaderamente significativa, el inicio del momento de consolidación de un estado cumbre de la Humanidad: alcanzar las máximas expresiones posibles y reales de su aglutinamiento, de la conformación de su masa multitudinaria.

Las ciudades y el mundo en proceso de urbanización de hoy marcarían la llegada del homo sapiens a un estadio culminante de su sino como especie viva, hacia el cual habría estado dirigiéndose de manera inconsciente pero inexorable en su evolución desde siempre. La Ciudad, en tanto “destino humano de la numerosidad”, para continuar con la conceptualización propuesta por Zarone, sería, entonces, concomitante a la esencia de la Humanidad : estaría en el camino (siendo objetivo y soporte) de la humanización del hombre y, por ende, del universo.

Este contexto configuraría una enorme paradoja pues -contra lo que una mirada, simplista pero extendida, sobre el mundo contemporáneo califica como el agotamiento de la ciudad, y contradiciendo el discurso (unas veces ecologista y, otras, netamente reaccionario) que la califica como una forma de asentamiento que ya tendría que ser abandonada (para volver a la aldea, al campo, etc.) por representar un supuesto peligro para la vida individual y colectiva- lo que significa el “mundo en proceso de urbanización” de fin de siglo es apenas el inicio de la conformación más genuina de aglomeración de la Humanidad, el primer momento significativo de su corporeidad numérica y, lo que es más significativo en términos de imaginación y de pensamiento, el comienzo de la toma de conciencia planetaria sobre su identidad como gentío.

⁶ Cfr. : Zarone, Giuseppe (1993) **Metafísica de la Ciudad** . Encanto Utópico y desencanto metropolitano, PRE-TEXTOS y UNIVERSIDAD DE MURCIA, Valencia, España. Pp.7.

Con lo cual la historia efectivamente universal de la Ciudad -esto es, más allá, en lo espacial, de la inquietud construida desde occidente y, en el tiempo, de lo meramente concerniente a los intereses de la modernidad capitalista- apenas estaría comenzando. La Ciudad como creación consciente del Homo Sapiens sólo iniciaría por estas calendas su verdadero trasegar como pregunta, como problema espacial, cultural y político. Así, todas las figuraciones que hasta ahora han tomado la infinidad de asentamientos de las agrupaciones de los humanos: aldeas, pueblos, villas, urbes, polis, civitas, etc., serían no más que los antecedentes necesarios : histórico-sociales, pero por lo mismo transitorios, de lo que efectivamente tendría que ser la forma de albergue del Homo Sapiens en el momento cumbre de desarrollo de su entidad biológica en tanto que número (como masa), esto es, la metrópoli contemporánea.

Llegados a este punto queda claro cómo lo que el fenómeno de la actual urbanización del mundo le plantea a los hombres y mujeres de fin de siglo no es simplemente un requerimiento de soluciones meramente mecánicas para atender la dinamización combinada del crecimiento y de la concentración de la población sino, y fundamentalmente, la exigencia de dilucidar la complejidad cultural y política que condensa el desarrollo de la Humanidad cuando se encamina a alcanzar de manera irreversible su estado de aglomeración, esto es, cuando ella arriba a una situación no sólo inédita sino determinante de la propia entidad de los hombres y mujeres en tanto que seres vivos y, por ende, de su supervivencia sobre la tierra.

En estas circunstancias, y como consecuencia de ellas, la Ciudad contemporánea y su tendencia metropolitana adquirirían una significación eminentemente cualitativa -es decir que revolucionaría el sentido esencialmente numérico (biológico) que hemos señalado hasta ahora- pues en realidad estarían conformando la máxima expresión tangible de la demanda humana de construcción de sociedad, la forma más acabada y genuina del requerimiento vital -esto es, va en ello la posibilidad misma de la existencia humana hacia el futuro- de la conformación del orden de lo social y de la cultura.

Esto hace que la ciudad contemporánea -en tanto que materialidad construida y, por lo mismo, transformable- y, particularmente, su extensión a todos los continentes como forma de existencia de los hombres deban ser consideradas, para utilizar términos de la biología, como componentes de la manera de realización de la autopoiesis humana⁷.

De lo contrario, más allá del delirio que significaría la eventualidad de la aglomeración total de la humanidad, estaríamos hablando de una utopía jamás realizable no sólo por razones de orden físico sino, especialmente, de índole psicológica y política. La inmensa capacidad de autoaniquilamiento y de destrucción del entorno que están generando las

⁷. "Las diferentes clases de sistemas vivos son distintas maneras de realización de autopoiesis en entidades moleculares discretas...Las diferentes clases de sistemas vivos viven de manera diferente. Esto es, aunque todos los sistemas vivos son sistemas autopoieticos, las formas en que realizan la autopiéisis, en el flujo de sus interacciones en el medio, son diferentes ; y lo que se denota cuando se habla de una clase particular de sistema vivo es, de hecho, una forma de vida que se extiende desde su concepción hasta la muerte." Cfr. : Maturana R., Humberto (1995) **La realidad : ¿objetiva o construida ?** I. Fundamentos biológicos de la realidad, Editorial Anthropos, Universidad Iberoamericana e Iteso, Barcelona, España. Pp.44.

actuales metrópolis, incluidas las de los países llamados desarrollados⁸, no sólo muestra hacia dónde se dirige la aglutinación total dejada al simple desarrollo espontáneo sino que evidencia la imposibilidad de su consumación, por el sino suicida que la acompañaría : simplemente, los hombres y mujeres nos mataríamos antes de alcanzar la aglomeración total.

Si, como lo expone Castoriadis desde el discurso psicoanalítico, la Humanidad para poder serlo tiene que crear la sociedad⁹, la conformación planetaria de la metropolización de la existencia individual y colectiva hacia el próximo milenio estaría necesariamente ligada a la perentoriedad de una refundación de la sociedad contemporánea como concepto y como realidad. La ciudad en el fin del milenio estaría evidenciando el agotamiento del tipo de existencia que el capitalismo le propone en su proceso de dominación del mundo a la aglomeración que el género humano ha venido consolidando de manera orbital en las últimas décadas.

Dominio que desde ciertos discurso críticos se centra en la preponderancia de la dimensión temporal : “... lo que seguirá siendo habitable, frente a todos y contra todos, es la “ciudad” [“ville”], no la Ciudad [Cité] de los orígenes de la urbanización del espacio real de los continentes, sino la “ciudad de las ciudades” [“ville de villes”], de un mundo vuelto fundamentalmente transpolítico..., donde la información dominará tanto la masa como la extensión, convirtiéndose por su parte el hipercentro del tiempo presente en el único eje de referencia de la actividad mundial.”¹⁰

Pero dominio que otras formas de interpretación ubican contrariamente en el papel protagonista que estaría jugando el espacio : “La economía informacional/global se organiza en torno a centros de mando y control, capaces de coordinar, innovar y gestionar las actividades entrecruzadas de las redes empresariales. (...) el fenómeno de la ciudad global no puede reducirse a unos cuantos núcleos urbanos de nivel superior de la jerarquía. Es un proceso que implica a los servicios avanzados, los centros de producción y los mercados de una red global, con diferente intensidad y a una escala distinta según la importancia relativa de las actividades ubicadas en cada zona frente a la red global...”¹¹

⁸ . “...En algunos barrios del sur del Bronx (Nueva York), la tasa de mortalidad infantil es ya superior a la de Bangladesh... En 1990, 23.000 estadounidenses fueron asesinados en las calles de su país. Se trata de una verdadera guerra : Incluso peor. Durante las operaciones aéreas de la guerra del golfo, 24 soldados estadounidenses perdieron la vida ; en el transcurso del mismo período, únicamente en la ciudad de Dallas hubo 52 homicidios...” Cfr. : Ramonet, Ignacio (1997) **Un mundo sin rumbo** Crisis de fin de siglo (las ciudades al asalto del planeta), Editorial Debates S.A., Madrid, España. Pp. 185.

⁹ . “Hegel decía que el hombre es un animal enfermo. Hay que decir más : el hombre es un animal loco y radicalmente inepto para la vida. <<De donde>> -no como <<causa>> sino como condición de lo que es- la creación de la sociedad.” Cfr. : Castoriadis, Cornelius (1993) “Lógica, imaginación, reflexión”. En Dorey, Roger (Et.al.) **El inconciente y la ciencia**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina. Pp.40.

¹⁰ . Cfr. : Virilio, P. Op. Cit. Pp. 189.

¹¹ . Cfr. : Castells, Manuel (1999) **La era de la información : Economía, sociedad y cultura**, Vol.1 La sociedad red, Alianza Editorial, Madrid, España. Pp.11 y13-14.

No es, pues, que la ciudad desaparezca, al contrario : según tirios y troyanos ahora es centralmente protagónica, cubre todo el mundo y, además, incide en cada uno de sus rincones. Pero su identificación plantea problemáticas complejas y de difícil resolución que exigen el ahondamiento de la deliberación tanto teórica como política.

Se trata, pues, y en especial para países como el nuestro, de una cuestión que requiere de su formulación filosófica y de su identificación antropológica, para ubicarla en el campo de la cultura y de la revolución de los procedimientos arquitecturales y de planeación para su construcción consciente y de los mecanismos para su administración y gobierno democráticos.

La ciudad es, pues, en el mundo contemporáneo y, en particular para las disciplinas de la Arquitectura y el Urbanismo, la construcción de una pregunta fundamental.

2. Una nueva visión : del agotamiento de la propuesta moderna a otra forma de ciudad.

En un típico artículo de fin de milenio Jürgen Habermas, antes de abordar la formulación de una fisonomía del siglo XX, afirma : “Más del 40% de la población mundial vive hoy en las ciudades. Este proceso de metropolización destruye la ciudad misma, esa forma de vida urbana que se originó en la antigua Europa. Aunque la ciudad de Nueva York, el núcleo mismo de Manhattan, nos recuerde de modo incierto al Londres y al París del siglo XIX, las desbordadas regiones urbanas de la Ciudad de México y de Tokio, de Calcuta y Sao Paulo, del Cairo y Seúl o Shanghai han destruido para siempre las dimensiones comunes de <<La Ciudad>>”¹². Aunque se ha hecho más compleja su formulación, esta queja no es nueva en el filósofo alemán.

Hace ya casi veinte años, hacia el final de una brillante conferencia en defensa de la Arquitectura Moderna en 1981, él incluía dentro de las tendencias "contrarias a la continuidad autocrítica del movimiento moderno" aquellas "iniciativas que se dirigen a una arquitectura participatoria ‘comunal’, que diseña áreas urbanas en un diálogo con el cliente." Agrega, incluso, que están "ligadas a... una preferencia por lo banal..." De todas maneras, termina reconociendo "alguna parte de verdad a esta forma de oposición", pero considera que "corresponde a esos problemas sin respuesta que la arquitectura moderna ha dejado atrás, es decir, la colonización del hábitat humano por los imperativos de sistemas autónomos de procesos económicos y administrativos."

Antes ha afirmado que "... Las aglomeraciones urbanas han crecido más que el viejo concepto de ciudad que la gente sigue acariciando...", para rematar un análisis sobre lo urbano en el cual argumenta que "... Después de un siglo de críticas a la gran ciudad,... la cuestión que está en todos los pensamientos es si la noción real de la ciudad no ha sido en sí misma reemplazada..."¹³

¹² . Cfr. : Habermas, Jürgen (1998) “Nuestro breve siglo”. En Revista **Letra Internacional** No. 58 (Septiembre-October), Madrid, España. Pp.5.

¹³ . Cfr.: Habermas, Jürgen (1984) "Arquitectura Moderna y Posmoderna". En **Revista de Occidente** No.42

Desde otro ángulo, sin embargo, en su libro “La Era de la Información”, que sin duda caracterizará el fin del siglo XX, Manuel Castells, dentro de un profundo análisis sociológico de la época contemporánea, apartándose tanto de la mayoría de las teorías sociales clásicas como de ciertas modas al uso que privilegian el dominio del tiempo, propone “la hipótesis de que el espacio organiza al tiempo en la sociedad red”, esto es, en el mundo de hoy y de las próximas décadas.

Y en esa perspectiva, partiendo de una posición crítica frente a los “futurólogos (que) suelen predecir la desaparición de la ciudad, o al menos de las ciudades como las hemos conocido hasta ahora, una vez que han quedado desprovistas de su necesidad funcional...” debido al impacto de la tecnología de la información sobre la dimensión espacial de la vida cotidiana, concluye que el ‘refugiarse en el hogar’ es una tendencia importante de la nueva sociedad pero que ella “no significa el fin de la ciudad. Porque los lugares de trabajo, los colegios, los complejos médicos, las oficinas de servicios al consumidor, las zonas de recreo, las calles y centros comerciales, los estadios deportivos y los parques aún existen y existirán, y la gente irá de unos lugares a otros con una movilidad creciente debido precisamente a la flexibilidad recién adquirida por los dispositivos laborales y las redes sociales...”

Saliéndose del ámbito local y mirando al mundo de conjunto y, especialmente, superando el amarre que significa referirse únicamente a las experiencias capitalista desarrollada -a las cuales está circunscrita la reflexión de Habermas, en particular en su disertación de 1981- el sociólogo catalán, al contrario que el filósofo germano, encuentra las “megaciudades”, aglomeraciones muy grandes de seres humanos pero que no están definidas por el tamaño : “Son los nodos de la economía global y concentran las funciones superiores de dirección, producción y gestión de todo el planeta ; el control de los medios de comunicación ; el poder de la política real ; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes”. Y agrega de manera contundente : “Tienen (esas megaciudades) nombres, la mayoría extraños para la matriz cultural europea/norteamericana aún dominante : Tokio, São Paulo, Nueva York, ciudad de México, Shanghai, Bombay, Los Angeles, Buenos Aires, Seúl, Pekín, Rio de Janeiro, Calcuta, Osaka. Además Moscú, Yakarta, El Cairo, Nueva Delhi, Londres, París, Lagos, Dacca, Karachi, Tianjin, y posiblemente otras ciudades, son de hecho miembros del club...”¹⁴

Entre los dos planteamientos se abre un arco de reflexión que, como veremos, está por tensionarse en nuestro medio. Allí se encuentra un lugar privilegiado desde el cual es posible dar vigencia al requerimiento, de un lado, a la arquitectura y, del otro, a la cultura política para que enfrenten la propuesta-problemática urbana del Siglo XXI.

Lugar localizado en lo que, subliminalmente, acerca las afirmaciones de los dos pensadores: aceptación de la posibilidad de que en esta época se haya venido configurando cultural e históricamente una forma diferente de vivir y, por consiguiente, de construir un medio

(Noviembre), Madrid, España. pp.95-109.

¹⁴. Cfr. : Castells, M., 1999 : 409-437.

ambiente urbano cuyos soportes se escapan a los modelos de pensamiento e interpretación de la modernidad clásica como lo deja traslucir, no sin cierta reticencia, el mismo Habermas en el artículo más reciente : “Los desvanecidos perfiles de estas megalópolis que se multiplican desde hace dos o tres decenios nos dan la idea de una realidad que no entendemos y cuyos conceptos nos faltan.”¹⁵

Que se ignoran, no sólo porque la modernidad tuvo que aceptar muchas formas de vivir la ciudad que propuso, como lo demuestra claramente Berman¹⁶ en sus disecciones de la experiencia modernista en New York, París o San Petersburgo (el “modernismo del subdesarrollo”) sino porque se trata de “colonizaciones del habitat humano” que el Movimiento Moderno jamás pensó, aunque fueron generadas por los “procesos económicos y administrativos” propios del capitalismo, no “autónomos” ni siquiera (contrariamente a lo que insinuaba Habermas hace casi veinte años) en los países dependientes.

A estas altura del desarrollo histórico, la indagación política y espacial sobre la ciudad contemporánea constituye una pregunta de fundamental pertinencia pues no se trata, solamente, de “problemas sin respuestas que la arquitectura moderna ha dejado atrás” sino del efecto negativo que esa falta de consideración reflexiva ha tenido sobre las condiciones de habitabilidad y sobre el derecho a una espacialidad digna -a la Arquitectura y al Urbanismo, únicas capaces de esa dignificación- de cientos de millones de ciudadanos del Mundo¹⁷ que como veremos enseguida no son de poca monta.

En efecto, antes de terminar su capítulo 60 : “El espacio de los flujos”, con una crítica a la arquitectura postmoderna y oponerle a ella el “espacio de los lugares”, Castells ha mostrado como lo más significativo de las megaciudades -“lo que hace de ellas una nueva forma urbana”- es su tendencia a la exclusión de la mayoría de la población de la participación en la definición y disfrute de su constitución y desarrollo : “se conectan en el exterior con redes globales y segmentos de sus propios países, mientras que están desconectadas en su interior (tanto en lo físico como en lo social) de las poblaciones locales que son funcionalmente innecesarias o perjudiciales socialmente desde el punto de vista dominante (...) esto es así en Nueva York, pero también en México¹⁸ o Yakarta.”

¹⁵ . Cfr. : Habermas, J., 1998 : 4.

¹⁶ . Cfr.: Berman, Marshall (1988) **Todo lo sólido se desvanece en el aire** (La experiencia de la modernidad), Siglo XXI de España Editores, Madrid.

¹⁷ . “Entre 1950 y el año 2000, las ciudades con poblaciones de más de 5 millones de habitantes se multiplicaron por 45 (pasaron de 1 a 45) en los países en desarrollo, mientras que en los industrializados el número apenas se triplicó (pasó de 5 a 15). Si se consideran las aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes se encuentra que hacia el año dos mil 17 de ellas estarán localizadas en Africa, Asia y Latinoamérica. En esta última región, la población urbana llegará a ser el 75% del total, con conglomerados de 25 millones de ciudadanos en Ciudad de México y Sao Paulo. En esas enormes concentraciones urbanas del Tercer Mundo, el 50% de la población vive en zonas turguriales, 25% no tiene acceso al agua potable, 40% reside en zonas sin alcantarillado y en ellas el 30% de los desechos se quedan sin recoger”. Cfr. : “Tales of cities (The culture and political economy of urban spaces)”. En **International Social Science Journal** No.125, Agosto de 1990, Oxford y New York. pp.265.

¹⁸ . “...Los territorios que rodean estos nodos desempeñan una función cada vez más subordinada : a veces llegan a perder toda su importancia o incluso se vuelven disfuncionales. Por ejemplo. Las colonias populares de la ciudad de México (en su origen asentamientos ilegales) que representan en torno a los dos tercios de la

Y profundizando en el análisis agrega más adelante : “En nuestra sociedad la forma fundamental de dominio se basa en la capacidad organizativa de la elite dominante, que corre pareja con su capacidad de desorganizar a aquellos grupos de la sociedad que, aunque constituyen una mayoría numérica, ven sus intereses sólo parcialmente representados (cuando mucho) dentro del marco de la satisfacción de los intereses dominantes (...) El espacio desempeña un papel fundamental en ese mecanismo. En pocas palabras, las elites son cosmopolitas ; la gente local. El espacio del poder y la riqueza se proyecta por el mundo, mientras que la vida y la experiencia de la gente se arraiga en lugares, en su cultura, en su historia...”¹⁹

La metrópoli de fin de siglo, pues, al interior de sus propias fronteras y por sus propias insuficiencias, presenta una crisis de tal magnitud y complejidad que le impide funcionar no sólo como paradigma sino como forma eficaz de resolución de las problemáticas culturales, políticas, sociales y económicos que la compleja urbe del siglo XXI plantea (que ya ha empezado a plantear)²⁰.

Se crea a sí una circunstancia histórica que le da a la Ciudad de este cambio de siglo su dimensión protagónica determinante en la autopoiesis humana hacia el futuro y que, exactamente por ello, obliga a asumir la impostergable responsabilidad de atender su demanda de creación de nuevos marcos de ordenamiento social : de refundación de los imaginarios sociopolíticos y culturales.

Es por ello que desde hace algunas décadas la cuestión de hacer (diseñar, completar, construir, transformar, gobernar, cualificar, pensar) la ciudad, ha devenido crecientemente en la dinamización de procesos que tanto en su formulación como en su desenvolvimiento, muy rápidamente, se encuentran en discusión con la sociedad en la cual se localiza cada una de estas aglomeraciones urbanas : “Reconociendo la dimensión mundial de estas cuestiones, la comunidad internacional, al convocar Habitat II, ha decidido que mediante un enfoque mundial concertado podría acelerarse considerablemente el avance hacia esos objetivos (Vivienda adecuada para todos y Desarrollo sostenible de los asentamientos humanos en un mundo en procesos de urbanización). Unas pautas de producción y

población de la megalópolis, sin desempeñar ningún papel distintivo en el funcionamiento de la ciudad como centro comercial internacional.” Castells, M. 1999 :414 y 437-38.

¹⁹ . Castells, M. 1999 : 449.

²⁰ . “...Los problemas más graves a que se enfrentan las ciudades y los pueblos, junto con sus habitantes, comprenden la escasez de recursos financieros, la falta de oportunidades de empleo, el aumento del número de personas sin hogar y de asentamientos de precaristas, el incremento de la pobreza, y el desequilibrio creciente entre ricos y pobres, el aumento de la inseguridad y de los índices de delincuencia, las deficiencias y el deterioro del patrimonio de vivienda y de los servicios e infraestructuras, la falta de instalaciones sanitarias y docentes, el uso indebido de la tierra, la inseguridad en la tenencia, la creciente congestión del tráfico, el aumento de la contaminación, la falta de zonas verdes, las deficiencias en el abastecimiento de agua y el saneamiento, la falta de coordinación del desarrollo urbano y la creciente vulnerabilidad a los desastres...” Cfr. : Artículo 8 del Programa Hábitat, redactado en la Cumbre de la Ciudad realizada por la naciones Unidas en Estambul (Turquía) en junio de 1996 .

consumo insostenibles, particularmente en los países industrializados, la degradación del medio ambiente, los cambios demográficos, la pobreza extendida y persistente y la desigualdad social y económica pueden tener repercusiones locales, transnacionales y mundiales. Cuanto antes las comunidades, las administraciones locales y las asociaciones entre los sectores público, privado y comunitario, aúnen sus esfuerzos para elaborar estrategias de vivienda y de asentamientos amplias decididas e innovadoras, mejores serán las perspectivas de seguridad, salud y bienestar de las personas y más prometedoras serán las esperanzas de encontrar soluciones a los problemas sociales y ambientales del mundo.”

Y, al contrario : cada vez es más evidente que no es posible plantearse una perspectiva de la sociedad (de las sociedades) hacia el futuro por fuera de la ciudad como forma determinante de las mismas : “...el desarrollo sostenible de los asentamientos humanos combina el desarrollo económico, el desarrollo social y la protección del medio ambiente, respetando plenamente todos los derechos humanos y las libertades fundamentales, inclusive el derecho al desarrollo, y ofrece los medios para lograr un mundo más estable y pacífico, fundado en una visión ética y espiritual. La democracia, el respeto de los derechos humanos, la transparencia, la representatividad, y la rendición de cuentas en la gestión pública y la administración en todos los sectores de la sociedad, así como la participación efectiva de la sociedad civil, son pilares indispensables para el logro del desarrollo sostenible...”²¹

De esta manera, la demanda de sociedad que hemos sustentado a nivel general nos dimensiona para Colombia el requerimiento de la dinamización de la imaginación y de la participación individuales y colectivas para la formulación de la pregunta por la ciudad del futuro. Y no solo por evitar la autodestrucción que significa soltar al hombre sólo a sus instintos sino porque, por otro lado, los hombres y las mujeres -además de juntarse, de aglomerarse- para ser humanos requieren del lenguaje, del hablar, en una palabra : convivir.

3. La sociedad civil y la planeación participativa al rescate de la metrópoli colombiana.

Especialmente desde el orden institucional, Colombia está lejos de comprender esta dimensión de la problemática urbana. Los sectores dominantes todavía miran las complejidades que presentan nuestras metrópolis como un asunto local : como “problemas” que le ocurren a Bogotá o a Medellín o a Cali y simplifican su tratamiento para abandonarlas en manos de los especialistas : los que resolverían tales inconvenientes, para dejar explícitamente de lado, o reprimir, no solo las posibilidades de desarrollo de la creación colectiva de los nuevos marcos políticos que la ciudad demanda (y dispara) sino, incluso, la misma imaginación de lo que debe ser el futuro de nuestros conglomerados ciudadanos. Las pruebas del poder que en nuestro país todavía tienen estas concepciones aldeanas están al canto.

²¹. Tal como puede leerse en los Artículos 4o y 5o del Preámbulo de la **Declaración de Estambul y Programa Hábitat**, documento final de la Cumbre de la Ciudad llevada a cabo por las Naciones Unidas, en Estambul (Turquía) en Junio de 1996.

Para discutir una convocatoria que hacía el Consejo Nacional de Planeación Participativa, el editorialista de un prestigioso diario “argumentaba”: “Bogotá, y las demás ciudades colombianas, necesitan un diseño urbano, un Departamento de Planeación estructurado de manera científica, compuesto por hombres sabios, expertos urbanistas con la autoridad suficiente para que sus disposiciones no se conviertan en letra muerta...” y se preguntaba: “¿Por qué motivo se invita a los ciudadanos a imaginar cómo será la ciudad del año 2019?” para contestarse enseguida, reafirmando el convencimiento de las élites colombianas de que quienes no pertenecen a ellas se mueve sólo en el ámbito de la incapacidad intelectual y mental: “No nos lo explicamos. Porque, tomando el caso específico de Bogotá, si la gran mayoría de los ciudadanos ni siquiera saben cómo es la ciudad de 1997, mucho menos podrán imaginar cómo será dentro de veintidós años...”²²

Por fortuna a medida que pasa el tiempo y gracias a que la sociedad civil en las últimas décadas ha avanzado tremendamente en el encuentro de su propia identidad y en la dilucidación del sentido de su existencia ciudadana, especialmente con la entrada en vigencia de la Constitución de 1991, se han venido consolidando movimientos que tienen como objetivo no solo buscarle un destino democrático y civilizatorio a Colombia sino imaginar para nuestras urbes un futuro que supere las vergonzosas condiciones de vida en las que han hundido a diversas generaciones de colombianos referentes como los que sustentan el editorial de marras.

3.1. Bogotá, años noventa : de la aldea a la metrópoli.

Bogotá es una metrópoli contemporánea. Ello no quiere decir que haya resuelto todas sus carencias y deficiencias ni que sea igual a cualquiera de los grandes centros del mundo ni que se parezca a Nueva York, Los Angeles o San Francisco, Tokio o París. Tampoco nos referimos a que en las clasificaciones que encantan a los estadígrafos - y que, refiriéndose a este tipo de asuntos, combinan indicadores de toda clase- la Capital colombiana encuentra su ubicación entre las primeras treinta o cuarenta urbes del mundo. Su sentido contemporáneo viene dado por el hecho, cada vez más consistente en este fin de siglo, de que sus ciudadanos y ciudadanas se han abocado a enfrentar problemas que, como hemos visto, son el centro de la reflexión mundial en este momento y que además van a determinar lo que va a ser de la humanidad en el próximo milenio.

Esa contemporaneidad -la articulación de Colombia con el mundo en la solución de una pregunta fundamental- le da también su sentido metropolitano, que no se alcanza simplemente por el tamaño de su población o por las dimensiones de su territorio, ni siquiera por la escala mayúscula de sus problemáticas, sino por la potenciación de la capacidad de sus habitantes y constructores para ubicar en el plano de lo consciente tanto la complejidad de esas cuantificaciones como, de un lado, el significado cualitativo que tienen en la perspectiva de buscar una ciudad que constituya una forma de existencia superior a la que se ha venido imponiendo con la pobre tipología urbana que hemos construido hasta ahora y, de otro, los procedimientos cognitivos y

²² . Cfr. : “La ciudad de hoy y de mañana”. En Periódico **El Tiempo**, editorial del 14 de Agosto de 1997, pp.4A.

organizativos que deben ser asimilados y/o recreados en Colombia para la transformación del orden institucional -para refundar la política- y para sostener en el tiempo la dinámica de la participación ciudadana en la creación y renovación de los imaginarios que le fijan el horizonte a los proyectos de sociedad que debemos construir y recrear en el futuro.

Aunque este encuentro espacio-temporal de los bogotanos con siglo mismo sólo aparece de manera definitiva casi al llegar el quiebre del siglo, durante su proceso de consolidación (básicamente en la última década) y en su proyección y articulación a movimientos similares de las demás ciudades colombianas ha ido produciendo hechos contundentes, y fundando soportes, no solo para superar la predominancia de la concepción aldeana y pueblerina en el diseño y manejo de nuestras urbes en este siglo (la cual en su persistencia por permanecer ha violentizado tremendamente la vida nacional, impidiendo la formación de una consciencia ciudadana y de una cultura citadina) sino para legitimar su pertinencia como referente político, cultural e institucional.

El reconocimiento de la conformación urbana de nuestro país contemporáneo y la refundación de la ciudadanía -de un lado, en la consagración del derecho a la organización de nuestros hombres y mujeres (base de la institución de sociedad civil) y, del otro, en el reconocimiento de la tangibilidad de su existencia en el ejercicio del derecho a participar en la reflexión, diseño y puesta en práctica de los destinos de la ciudad, dándole estatus a la planeación participativa- que hiciera la Constitución de 1991, activaron el despliegue, la extensión y la cualificación de la cultura política de los colombianos con los cuales empezó, en la práctica y en nuestras mentes, la superación de la ideología de que la urbe no podía ser sino la violenta “Ciudad del Estado de Sitio” heredada del Frente Nacional y soportada en el trípode mortal formado por el ignorante y cerrado clientelismo, la violenta propiedad inmobiliaria y la tecnocrática y excluyente planeación de los consultores y asesores.

Estos hechos le develaron a la Capital su compleja entidad ciudadana, hasta esos años sepultada por la tradición que la había hecho primar como el más grande coto de votos, el lote máximo para urbanizar, negociar y corromper y la más extensa fuente de planes y “plancitos”, estudios y “estudiecitos” del país. Le dieron visibilidad a su dimensión citadina como forma de existencia, fenómeno a pensar y ámbito determinante no solo de los condicionantes básicos, tangibles y físicos de la vida cotidiana y generacional de millones de seres humanos sino también de la posibilidad de dinamizar y potenciar la imaginación y la creatividad de toda esa gente hacia el futuro.

Y la ciudadanía bogotana empezó, como en toda metrópoli que encuentra su contemporaneidad, a construirse su nueva identidad : a instituirse como sociedad civil.

En su proceso de cualificar su contemporaneidad, de ubicarse en el momento actual, el ciudadano bogotano, de manera cada vez más masiva, ha comprendido que contemplar la pintura y la escultura hace parte de la vida contemporánea; que

disfrutar del mejor teatro del orbe bien vale una Semana Santa cada dos años ; que dedicarse a ver el cine mundial tiene sentido y que abrir las plazas para que sean llenadas de poesía, de Jazz, de Rock, de Rap, etc., y de jóvenes, es construir un puente inmenso con los lenguajes y las expresiones del mundo por venir.

Dilucidó, de pronto, que la complejidad urbana era estudiable, pensable, criticable, cambiante. Que era necesario crear marcos y contextos en los cuales se sistematizará y difundiera la reflexión sobre lo que constituye la metrópoli en los tiempos actuales. Y asumió que había que poner a disposición de los estudiantes, investigadores y ciudadanos centros académicos sobre la Teoría y la Historia de la Ciudad, de la Arquitectura y del Urbanismo, de la planeación Urbana y Regional, en los cuales las ciencias sociales :la sociología, la antropología, la psicología y el arte y la cultura desplegaran el conocimiento sobre la vida contemporánea, y foros, cátedras y laboratorios de investigación y seguimiento de las distintas problemáticas urbanas en los diversos distritos administrativos.

Ello permitió que aparecieran las laderas del sur y del nororiente y las planicies del occidente ya no como problemas que le habían ocurrido a la urbe (y que había que ignorar y/o reprimir) sino como los continentes espaciales de conglomerados de hombres y mujeres que la completaban, que la hacían compleja, es decir, moderna y cuyas, en muchísimos casos, deplorables condiciones de vida simplemente denuncian las consecuencias de la enorme estupidez de su pretendida exclusión de la vida y el disfrute de la ciudad. Con la presencia activa de los habitantes de los sectores populares, la urbe capitalina potenció enormemente su capacidad de reconocer, de imaginar, de pensar, de proponer y de implementar la tarea conjunta de configurar una de las grandes urbes del mundo de fin de siglo.

En la época contemporánea, uno de los principales signos de que una urbe ha iniciado su proceso de madurez -esto es, que toma el rumbo definitivo hacia el reconocimiento de su identidad como ciudad rompiendo con los comportamientos y fantasmas que la mantenían sometida a sus ancestros pueblerinos y aldeanos- se presenta cuando sus ciudadanos y ciudadanas empiezan a asumir la complejidad como la característica fundamental tanto de su configuración y funcionamiento como de los determinantes, procesos y movimientos que condicionan y modelan la existencia, individual y colectiva, que es posible construir en ella. Cuando sus habitantes y constructores reconocen que las respuestas a las innumerables cuestiones que demanda la vida citadina no son necesariamente las de siempre sino que, por el contrario, son cambiables, y que además son diversas las maneras en las cuales se pueden formular esas mismas preguntas.

Todo esto²³, sin embargo, está en un estado incipiente y, por tanto, es insuficiente. La asunción de su entidad metropolitana (compleja, integral) ha significado para Bogotá

²³ . Que, por lo demás, no agota todo lo que las mujeres y los hombres de Bogotá han hecho en la última década por ganarle la partida a la violenta dominación premoderna de la urbe. He elaborado un desarrollo más amplio de estas ideas en otro artículo. Cfr. : Viviescas M., Fernando (1999) "Bogotá, años noventa : de la aldea a la metrópoli". En Revista **NUMERO 22**, Junio, Julio y Agosto, Bogotá.

una transformación enorme pero no ha logrado conformar la dinámica política que garantice la sostenibilidad de la tendencia liberadora de la aldea. El tamaño de las secuelas que ha dejado la predominancia del atraso y la barbarie heredados es inmenso y se requieren tiempo y desarrollos enormes para superarlas y además, y de manera profunda, exigen una transformación trascendental en las mentalidades y en los imaginarios ; una recreación de los referentes políticos, culturales y psíquicos, individuales y colectivos: una verdadera revolución cultural frente a la cual lo que se ha logrado aparece pequeñísimo.

Pero la elaboración de la pregunta por la ciudad -por sus componentes : su historia, su lógica, su estética, su política ; por las condiciones que impone a la vida individual y colectiva, por sus capacidades para albergar la existencia digna de sus habitantes actuales y futuros, y por sus posibilidades de seguir existiendo sin convertirse en una debacle espacial, ambiental e intelectual- que durante los últimos años han vendido construyendo los colombianos ha puesto a nuestras urbes y al país entero, por primera vez en toda su historia, en el marco de discusiones que, como lo hemos visto, son trascendentales para el género humano en el momento mismo en el cual ellas se dan. Ese logro de los bogotanos, como sociedad civil, es trascendental para nuestro devenir como país en el próximo milenio.

3.2. Medellín : el Plan Urbano o del espacio del encuentro de la ciudadanía.

En países como Colombia, donde la historia política muestra la exclusión como una característica protuberante, el entorno enunciado evidencia la necesidad contemporánea de la producción de los actores urbanos: el Estado, la empresa privada y la sociedad civil, en esa nueva dimensión, de tal manera que puedan asumir sus responsabilidades y potenciar su eficiencia económica, política y cultural en la creación y consolidación de las formas de existencia con las cuales la ciudad del futuro pretende superar las limitaciones de la vida contemporánea.

En un proceso diferente aunque paralelo, y dentro de la misma evolución político-cultural que ya mencionamos para Bogotá, con un sentido de didáctica ciudadana, desde el mes de Diciembre de 1995²⁴ se asumió en la capital antioqueña la formulación permanente del Plan Estratégico de Medellín y el Area Metropolitana (PEMAM) como la inauguración de un espacio natural de encuentro del Estado, la empresa privada y la sociedad civil por la construcción de la ciudad; espacio al cual van sin renunciamentos previos a sus soportes ideológicos constitutivos pero con la disposición (que también se debe ir construyendo en sus dimensiones social y psicológica) de confrontar en un marco y un comportamiento de análisis crítico tanto los planteamientos de los demás como los propios: en el reconocimiento de la capacidad de pensar y de imaginar que, así como yo, tiene el otro.

²⁴ . Cfr. : **Plan estratégico de Medellín y el Area Metropolitana 2015**, La visión y los Proyectos (1998 ?) Alcaldía de Medellín y Programa de Las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Pp.14. También : Henao Delgado, Hernán (1998) “El desarrollo social y el Plan Estratégico de Medellín Metropolitano”, en **Cuadernos de Estudios urbanos** No.6 (Medellín : Plan Estratégico), Urbanos Corporación de estudios de antropología urbana, Bogotá. Pp. 25-45.

Entendido de esta manera -en la medida en que vaya creando las condiciones a través de las cuales el nuevo ordenamiento de la ciudad puede ir teniendo una formalización real, en la delimitación normativa de su organización y de su gobierno así como en la disposición para su disfrute- el PEMAM se configura en un elemento central de la formación del ciudadano y de la fundamentación de una cultura en la cual la participación en el diseño, construcción y administración de la urbe por parte de los ciudadanos -de los distintos actores- vaya siendo introyectada por cada individuo, hasta convertirse en algo consustancial a la autoconcepción de sí mismo²⁵.

En ese contexto, y en particular en lo que toca con la espacialidad, hemos propuesto que en el marco de implementación del Plan Estratégico de Medellín y el Área Metropolitana, reconocida y asimilada la dimensión metropolitana del asentamiento que durante este siglo se ha conformado en la extensión del Valle de Aburrá, se redefine la ciudad para el siglo XXI teniendo como nodo central e inicial del ordenamiento urbano la reinterpretación y construcción del Complejo Metropolitano Tren-Bulevar-Río Medellín (El Complejo). Soportando este entramado en el tratamiento urbanístico y ambiental del Espacio Público del entorno de la red conformada por esos dos ejes estructurantes, de un lado, y, en el sentido transversal, por el Bulevar de la Avenida La Playa (extendido por la Avenida Primero de Mayo hacia el occidente hasta llegar, pasando el Río, a los jardines de la Universidad Nacional y al Cerro el Volador) y por la Línea B del Metro, que parte del Barrio San Javier y llega hasta la Estación de San Antonio²⁶.

Interpretando el Complejo como la condensación física del proceso histórico-social que ha seguido hasta este fin de siglo la sociedad del Valle de Aburrá, el proyecto parte del reconocimiento de la posibilidad de refundar la ciudad²⁷ -como lugar cuya producción por parte de sus habitantes produce al mismo tiempo un nuevo ciudadano- mediante la

²⁵ . Una mirada sobre el desarrollo urbano contemporáneo nacional muestra cómo, en este sentido, la ciudadanía del Valle de Aburrá, a pesar de lo dramático del contexto, ha asimilado de forma cada vez más consciente y extendida ésta perspectiva como la forma más adecuada de entrar en el siglo venidero.

²⁶ . Esta propuesta, elaborada con la colaboración de los arquitectos Alejandro Mejía P. (Asesor) y Alexandra Ríos D. y Jorge L. Tamayo C. (Auxiliares), fue entregada al Plan Estratégico en Marzo de 1997 bajo el título : “El complejo metropolitano Tren-Bulevar-Río Medellín, la Institución de la Urbe del Valle de Aburrá por el Espacio Público : una apuesta por la ciudad del futuro”. Cfr. : Plan Estratégico de Medellín y el Área Metropolitana (1997) **2015 El futuro de la ciudad metropolitana**, Alcaldía de Medellín, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Área Metropolitana del Valle de Aburrá, Pp.159-174. Se han divulgado varias versiones parciales del mismo así: “El plan estratégico y la imaginación de la ciudad : el caso del Tren-Bulevar-Medellín” en Campos, Yezid y Ortiz, Ismael (Comp) (1998) **La ciudad observada**, Violencia, cultura y política, TM Editores y Observatorio de cultura ciudadana, Bogotá. Pp.285-315 y en **Cuadernos de Estudios Urbanos** No.6, Op.Cit. Pp. 6-24, y “La planeación urbana y el espacio público”, en Revista **Ensayo & Error** No. 4, Abril 1998, Bogotá. Pp.284-313.

²⁷ . En el marco del auge mundial de lo urbano y de la reinstitucionalización de la ciudad como la entidad socioespacial por excelencia del siglo venidero, asumidos en Junio de 1996, en Estambul por la Cumbre HABITAT II de las Naciones Unidas, y de los avances nacionales que en la conformación de una institucionalidad para la urbanización del país se han venido configurando durante los últimos años: Descentralización municipal, elección popular de alcaldes, Reforma Urbana, Política Urbana "Ciudades y Ciudadanía" y, la Ley 388 de julio de 1997 : “La ley de desarrollo territorial”.

configuración de un modelo de intervención que permita llevar a la concreción en el espacio, de manera consciente, a un imaginario colectivo de sociedad, que se ha venido forjando a lo largo de los últimos cincuenta años en la población de los municipios del Valle de Aburrá.

Refundación justificada, en primer lugar, por la asimilación consciente y definitoria del cambio de significado urbano que implica la Metropolitización del Valle de Aburrá. Más allá del crecimiento de escala que implica la conurbación de estos diez municipios -que constituye el hecho tangible, físico, de la edificación y ocupación del territorio citadino y que obliga a la configuración de una racionalidad de integración en la definición y materialización de las intervenciones (especialmente de infraestructura) sobre el tejido urbano- está la transformación cultural en la cual se fue integrando una forma de vida ciudadana que dentro de poco abarcará una población de más de tres millones de personas y que ahora ha ido unificando sus referentes con respecto a las formas de ver, percibir e interpretar el mundo y sus problemáticas y sus comportamientos. En un proceso en el cual han ido desapareciendo los rasgos particulares de los distintos pueblos para ir conformando la Nueva Ciudad del Valle de Aburrá, que es una entidad histórico-social mucho más compleja que la suma de esta decena de municipios, en el actual es difícil saber en qué se distinguen un bellanita de un envigadeño, o una muchacha de Itaguí y otra de Medellín.

Refundación sustentada, en segundo término, en el ambiente generado en la región metropolitana con la puesta en funcionamiento del Metro y la construcción de obras de significación y escala metropolitanas: Terminal de Transportes del Sur, la Interconexión vial Valles Río Medellín-Valle Río Cauca-Valle de Ríonegro, Plantas de Potabilización, Corredor Multimodal, incluido el Interceptor principal de aguas negras, el Tren de Cercanías y el Tren Colector de Basuras, el Parque de las Aguas, los polideportivos de Copacabana y Girardota (la proyectada Villa Panamericana), el Puerto Seco, la Zona Franca, la Terminal de Carga, la Nomenclatura Metropolitana Integrada, etc.

Y sustentada, finalmente, en la extensión y profundización de una gran responsabilidad de los actores urbanos con respecto a los destinos de la ciudad: resultado del proceso de reflexión y discusión que durante los años de la presente década ha mantenido y fortalecido la participación ciudadana.

Esa reinstauración, además de revolucionar las jerarquías tradicionales de uso y consumo de la ciudad, ubicaría con propiedad a esa nueva ciudad que se ha edificado en el Valle de Aburrá en la vanguardia de la modernidad urbana colombiana para el siglo XXI.

Moderna por cuanto -dentro del ámbito abierto por la Política Urbana y por la reflexión crítica contemporánea de la planeación urbana- inauguraría la metodología de intervención en la ciudad que tiene su soporte en el tratamiento integral de los diversos "atributos de la ciudad" (en este caso la base la constituirían el Transporte y el Espacio Público) y en el llamado a la participación ciudadana (a producir y suscribir los acuerdos urbanos entre el Estado, la sociedad civil y el capital privado) en tales desarrollos.

Y revolucionaria -de la manera aldeana de entender y de tratar la ciudad- porque apuntaría a formular una apuesta de urbe jugada a buscar, más allá del mero rendimiento económico, el despliegue de la autonomía espiritual e intelectual de los ciudadanos; a propender por la

recreación de los mismos, por la dinamización de la creatividad individual y colectiva de los hombres y mujeres del Area Metropolitana.

De esta manera, el Complejo Metropolitano Tren Bulevar-Río Medellín constituiría el primer Megaproyecto (en tanto que intervención urbana integral y concertada) eminentemente ciudadano²⁸ (esto es pensado y construido con el objetivo consciente de hacer la ciudad del siglo venidero) del país y el proceso que se requiere para llevarlo a cabo significaría una reformulación de la disciplina de la planeación, una resignificación de las relaciones de la arquitectura y del urbanismo con la espacialidad ciudadana y una redefinición de la concepción y la práctica política.

Así, la discusión abandona el terreno meramente abstracto, académico, para llenar la vida cotidiana y práctica. En esa perspectiva la reflexión alrededor de la espacialidad urbana, al tener como eje central la calidad del espacio público, permite dimensionar complejamente la pobreza del entorno generado por las carencias inmediatas de la vivencia cotidiana de la mayoría de nuestros ciudadanos y devela la necesidad de asumir su tratamiento de manera integral. Materializa, pues, otro aporte metodológico a la planeación como conjunto disciplinar: la integración de los diversos atributos (y de sus distintas escalas) involucrados en cada problema urbano particular como objetivos de la intervención, exigida ahora por la consciencia de la complejidad de la ciudad, y para superar el inmediatez y la sectorización tradicionales que han sido tan perniciosos para el desarrollo moderno y democrático de nuestros centros urbanos.

En la estructuración del Complejo Metropolitano Tren-Bulevar Río Medellín solidificamos una propuesta de ciudad para el Valle de Aburrá sobre la base de identificar y solventar como ejes estructurantes a las espacialidades urbanas que ya funcionan como tales: el Río Medellín, el Metro (en sus dos líneas) y el Bulevar de la Playa. El mensaje es que la ciudad se construye desde sus bases como un reconocimiento de lo que su historia ha aportado. Lo que varía es la interpretación de sus significados, la cual potencia las estructuras constructivas hacia el futuro como estructuradores de una forma de existencia proyectada, de manera consciente, hacia la búsqueda de la dignificación de la existencia de todos los ciudadanos. En una extensión de la democracia política pero también social, económica y sustentable: los ciudadanos de la ciudad son los de ahora y los del porvenir.

Esto tiene una gran importancia tanto para consolidar en el tiempo la mentalidad de los discursos que mencionábamos antes -pues el proyecto se basa en el reconocimiento de lo que han hecho y pensado los otros: no partimos de cero- como para fundamentar la perspectiva creativa en la asunción de lo que ya se tiene. Hay aquí un pie a tierra esencial: no podemos darnos el lujo de destruir lo que ya existe. A la vez que es un reconocimiento de la historia, -tanto en sus aciertos y aportes arquitectónicos y culturales, para perpetuar la lectura en el monumento, en el hito urbano, como en sus falencias y carencias, para asumir con responsabilidad moderna (esto es, sin culpas) la obligación de resarcir la ciudad por los

²⁸. A partir de él, la ciudad empezará a ser pensada como entidad socio-histórica-espacial con identidad propia, diferente, y liberada de las reminiscencias aldeanas, para abocarse como la forma definitiva de habitar hacia el siglo venidero.

errores e injusticias que en ella se instauraron- tiene una perspectiva económica: asimila la inversión pasada.

3. 3. La comprensión de la nueva urbe o de la población en la planeación.

Como hemos visto tanto en Bogotá como en el Valle de Aburrá, la población entiende que aporta su participación sobre la base de algo que conoce: ella misma se reconoce, de forma positiva, en la definición del destino de la ciudad, en su capacidad de pensar, interpretar y de imaginar.

En este punto, los técnicos tenemos que asumir una posición no sólo discreta sino inteligente. La población tiene un conocimiento concreto sobre la ciudad que no está al alcance de la técnica ni de la ciencia, que bordea más bien los confines de la fantasía y del arte: conoce sus ritmos, sus sonidos, sus lenguajes cotidianos y de mediano plazo y, por tanto, puede interpretar y manejar los procesos y movimientos que se dan de manera subrepticia, casi imperceptible -tanto en la superficie, en el espacio abierto, como aquellos que se han tenido que configurar en la clandestinidad, renunciando al espacio público y con todas las consecuencias que ello tiene- en lo que atañe a las formas de supervivencia de grandes masas de población y, mas allá, en las que se materializan los poderes efectivos en grandes extensiones del territorio de nuestras urbes.

La comprensión de nuestra postmodernidad asume este tipo de conocimiento -que se da y se transforma en su vivencia: no está construido sobre discursos académicos- como un aporte esencial para consolidar la permanencia futura de los fundamentos de la ciudad que se proyecta ahora.

Esto tiene una trascendencia tremenda: junto al conocimiento sistemático y riguroso, el reconocimiento cultural del pasado y del presente que posee y expresa de diversas maneras la población, permite descubrir en todo su significado el cambio de escala que se ha operado en la urbe (cuándo y cómo ha dejado de ser pueblo: de qué manera transforma las permanencias que le vienen de antaño y cómo las combina con los nuevos comportamientos) y, por tanto, se constituye en un soporte fundamental para dimensionar el sentido estratégico que el Plan, en especial en el terreno del espacio (urbano: privado y público), tienen que plantearse.

No vamos hacia una ciudad (simplemente) más grande, que sólo prolongaría en el tiempo y ampliaría en el espacio la que ha producido el siglo XX: estamos abocados a construir una espacialidad que comprenda el advenimiento del siglo XXI como el reto de superar las condiciones de existencia que caracterizan la actualidad y poner la imaginación, la creatividad, la democracia, el conocimiento del micro y el macro cosmos y del inconsciente humano, así como la riqueza expresiva e interpretativa de las culturas -ahora reconocidas en su potencial renovador- al servicio de la construcción de una vida bella (con la estética, la arquitectura, el urbanismo) para el disfrute de los ciudadanos. Es indispensable asumir el cambio de siglo -que en realidad coincide con una transformación trascendental en el orden urbano-demográfico: como vimos en este ensayo, por primera vez en la historia la mayoría de la población mundial vivirá en ciudades- como una perspectiva a construir, una invitación a inventarse un universo de existencia.

Bogotá, Agosto de 2001.